

RODRIGO MIRO

ORIGENES DE LA LITERATURA NOVELESCA EN PANAMA

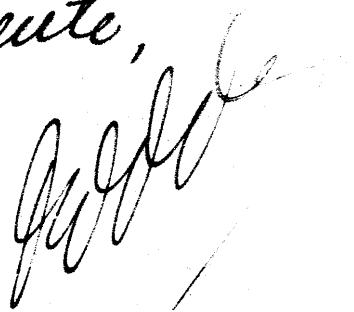


PANAMA

1948

Para Julio Riuslla,
muy cordialmente,

mayo-1948.

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'J. Riuslla', written in a cursive style.

**ORIGENES DE LA LITERATURA NOVELESCA
EN PANAMA**

RODRIGO MIRO

ORIGENES DE LA LITERATURA NOVELESCA EN PANAMA

Viñeta tomada de
"La Tarántula", edición del
2 de Marzo de 1851.

PANAMA

1948

A Raque

El autor agradece a los señores Juan Antonio Susto y Ernesto de J. Castille-ro R. la amplia cooperación prestada.

Uno de los hechos más importantes en la historia de las letras panameñas lo constituye el creciente desarrollo de la novelística. Nada tenemos hoy, en efecto, literariamente hablando, equiparable a lo realizado en estos últimos años por los cuentistas y noveladores. Y porque empezamos a percibir esa verdad, porque ese aspecto de nuestra producción cuenta ya logros magníficos y se anuncia pleno de perspectivas, conviene investigar sus orígenes, adentrarnos en su problemática.

Si, en general, nuestra literatura es poco abundante, en el caso específico del género novelesco la escasez tornábase vacío casi total. ¿Cómo explicar el fenómeno? ¿Qué factores determinaron esa incapacidad? ¿Es que no ofrece materia novelable la trama de nuestra vida histórica y social? Hay quienes opinan lo contrario. En virtud de nuestro cosmopolitismo, de nuestra múltiple composición demográfica, del característico vaivén de nuestra historia es el Istmo tierra colmada de posibilidades para la ficción. **Panamá, novela sin novelistas**, podríamos decir, parodiando a Luis Alberto Sánchez. Enunciado que aclara, en cierto modo, el misterio de la luenga situación deficiente. En trance perpetuo de novela, sobraba el escribirla. Sólo escribimos la novela que no podemos vivir, decía Wilde. Y es indudable que algo de ello ocurre. Pero la razón primordial es otra, y hemos de buscarla en la íntima trabazón de la historia panameña. Porque es ahora cuando comienza a vivir en letras de molde lo que afirman está en la índole de nuestro cotidiano discurrir. Empero, algo se hizo antes —mucho más de lo que imaginamos— y es lo que vamos a ver aquí.

La colonia creó un ambiente cultural; no llegó a formular una expresión literaria, en el sentido de una actividad estimable y sostenida. Las obras que un prolijo examen podría señalar, en su poquedad no hacen más que confirmar la regla. No obstante, por la frecuencia con que se da lo extraordinario y pintoresco, lo insólito y maravilloso, a lo largo de dos siglos el testimonio de los hombres que aquí tocaron y vivieron no pudo sustraerse a los efectos de ese ritmo tenso y anormal. Ya el primer informe europeo sobre nuestra tierra —la relación del último viaje del Almirante— se nutre de sustancia novelesca. Y es tal su poder sugestivo que en cuanto registra su experiencia del Istmo el lenguaje de Colón cobra un acento y vigor nuevos, hasta llegar al punto de su mayor fuerza expresiva, según el dictamen sabio de Ramón Menéndez Pidal. Es asunto novelable también, de novela que se sale de la minucia y objetividad de los documentos que la narran, la jornada que conduce al descubrimiento del Mar del Sur. Aunque nada tan cerca del cuento puro, escrito sólo por el placer de divulgar la aventura prodigiosa, como el capítulo XXVII del Libro Sexto de la **Historia General y Natural de las Indias**, de don Gonzalo

Fernández de Oviedo y Valdez, donde refiere, muy donosamente, "el caso peligroso y experimentador de la grandísima habilidad que tuvo un vecino en la ciudad de Panamá en nadar." Se trata de lo acontecido a un joven amigo de la pesca, que en la bahía de Panamá harponeó una manta —raya gigante— con la que libró rudo combate.

Ahora bien: se dirá que no era otra la tónica general de la experiencia española en el nuevo mundo, por lo menos durante el período del descubrimiento y la conquista, cuando no es fácil distinguir la hazaña imaginaria de lo que fué trabajosa empresa humana y se vive en la zona ambigua donde se mezclan fantasía y realidad. Y es cierto. Pero el hecho de su vigencia continental nada quita a su significación.

No acaban aquí, empero, para nosotros, los escritos de ese tiempo penetrados de esencia novelesca. Superada la etapa de la conquista el clima tenso persiste. Treinta años después de los sucesos que narra Oviedo Panamá es nuevamente teatro de un acontecer memorable. Huídos de Nicaragua, los hermanos Contreras asaltan Castilla del Oro con el propósito de establecer aquí una monarquía de sueño. Fué un sangriento episodio, jalo-

nado de ahorcados, que nos contó en detalle el animoso Licenciado la Gasca. Y antes de que el siglo termine, la guerra contra los cimarrones alzados de la región de Chepo motivará las pretensiosas octavas de don Juan de Miramontes y Zuazola. Pero no todo ha de ser glosa a un esfuerzo heroico o a la belicosa condición de los mortales. A su turno llegará el capítulo que evidencia la ira de Dios. Lo brinda el terremoto de 1621, con su secuela de pánico y confusión, que un cura de mirar increíble y pluma docta registra con frase de piedra y cincel. Y hay el capítulo rústico y virtuoso, en la experiencia pedagógica de Fray Adrián de Santo Tomás; y el triste y melancólico de la toma y destrucción de la vieja Panamá, que el parte oficial del Jefe de la plaza pinta entre llamas e invadida de toros y piratas ⁽¹⁾.

Las referencias que preceden, acaso inoportunas por exceso, aluden a escritos de fines

(1) Para una confrontación de los escritos mencionados véase: Colón: **Relaciones y Cartas**; Lozoya; **Vida del Segoviano Rodrigo de Contreras**; Miramontes: **Armas Antárticas**; Requejo Salcedo: **Relación Histórica y Geográfica de la Provincia de Panamá** (t. VIII de la Colección de Libros y Documentos referentes a la historia de América); y Juan B. Sosa: **Panamá la Vieja**.

nada literarios ni placenteros. Son páginas vivas de la historia del Istmo, al tiempo que pruebas irrecusables de la frecuencia con que lo novelesco incide en nuestro pasado. Las manifestaciones conscientes de una novelística panameña todavía tardarán.

* * *

Fué necesario el tránsito a la vida democrática y republicana para que se dieran algunas de las condiciones capaces de permitir el nacimiento de una literatura. Sin embargo, las luchas por la estructuración y consolidación de la democracia modelaron un clima de pugnacidad y controversia que encauzó por entero la inteligencia y la voluntad de nuestros abuelos. Ya en vísperas de la separación de España, aprovechando las pocas libertades que el gobierno de la metrópoli se vió obligado a conceder, habíamos iniciado, con el arribo de la primera imprenta, las faenas periodísticas, lógicamente orientadas hacia el norte de la política. Y en el transcurso del siglo, con una persistencia ejemplar, multitud de pequeños y fugaces periódicos atestiguan la firmeza de esa preocupación. Hemos de esperar a que se afiance el nuevo estilo de vida para que, mediando el diecinueve, se produzca cierta actividad literaria, re-

sultado, entre otras cosas, de una política educativa encaminada a levantar el nivel cultural de los panameños, por desgracia interrumpida al clausurarse el Colegio del Istmo. El año en que eso ocurre —1849— aparece la primera obra novelesca de que tenemos noticia. Me refiero a **La Virtud Triunfante** ⁽²⁾, del entonces adolescente Gil Colunje (1831-1889), publicada por entregas en el órgano de la sociedad “Los Deseos de Instrucción”, y reproducida como folletín de “El Cronista” —1901— en un cuaderno de treinta y seis páginas. Obra indecisa e ingenua, de clara inspiración romántica, interesa como documento. E interesa, asimismo, y me exime de todo comentar, el juicio de un contemporáneo —Ramón Meléndez—, publicado con la última entrega de la versión original: “Ha terminado el folletín **La Virtud Triunfante**, y es hoy que voy a dar mi parecer sobre esta obra. Ella es el primer trabajo de esta clase, el primer ensayo de un joven de diez y siete años, que, sin el arte, sin una vasta educación literaria, y guiado sólo por su imaginación, acometió una empresa, cuyo mérito

(2) Tipografía de M. R. de la Torre e hijos.—Panamá. 36 Págs. Ver, además, J. A. Susato y S. Eliet: **Vida y Obra de Gil Colunje**, 1931.

to se saca de su dificultad. Esto es ya bastante; a lo que debe añadirse que el argumento de **La Virtud Triunfante** es magnífico: la noble Junieta, la mujer de la aristocracia de sangre, desprecia las miserables preocupaciones de su clase, y obedeciendo a los impulsos de su corazón, prefiere para amante y para esposo al plebeyo pero virtuoso Cesario. Estas son las ideas del siglo", etc. Y agrega: "Demasiado ha hecho su autor; y siendo el primer istmeño que ha dado producciones de esta clase, le felicito por el acierto en su trabajo, y le excito a que no desmaye. Recoja el señor Colunje de mi pluma la única recompensa que puedo ofrecer a su aplicación."

Pero el año de 1849 tiene otras implicaciones. Se avalancha sobre nosotros la inmigración norteamericana provocada por el descubrimiento de los placeres de California. Nace "Panama Star", germen de "La Estrella de Panamá", durante mucho tiempo empresa norteamericana, luego nacionalizada, hoy en vísperas de su centenario. Inmediatamente vendrá la construcción del ferrocarril. Estos hechos determinarán una etapa de nuestra historia. Al estado de pobreza extrema en que vivíamos suceden años de bonanza,

caracterizados por un **ardiente espíritu de especulación**. “Cayó, como por encanto, sobre nuestro suelo —dice don Pablo Arosemena—, copiosa lluvia de oro, y el desierto se convirtió en oasis, y había que apagar la sed abrasadora y antigua...” “Pero, por desgracia, ese espíritu predominó, y fueron por completo desatendidas necesidades de orden muy elevado, cuya oportuna y atinada satisfacción asegura a los pueblos la noble vida de la dignidad, del derecho y del honor” (3).

En medio del afán de los negocios proliferan los papeles destinados al bronco pugilato de la política, nutridos de versos y prosas anónimos donde campea el buen humor y la mala intención. Guardan esas hojas todo un capítulo de picaresca menor, con su vertiente novelesca, si bien supeditada al interés político. En “La Tarántula” (1851), acaso el mejor escrito de esos periódicos, escudado en un malicioso epígrafe de Quevedo, se publican prosas breves que son verdaderos cuentos picarescos. Parecida significación tiene “El Arriero” (1852), órgano ocasional, editado en la imprenta de don Bartolomé Calvo, cartagenero, conservador, luego

(3) Prólogo a los **Ensayos Morales, Políticos y Literarios**, de José Manuel Pérez.

Gobernador del Estado, luego Encargado del Poder Ejecutivo de la Confederación Granadina. Trae el número nueve de "El Arriero" un escrito cuya intención novelesca es indudable, como que empieza doliéndose de la falta de un Alejandro Dumas. "Lástima —dice— que no tengamos un Alejandro Dumas para que nos haga un romance titulado **La Guerra de los Cohetes**, así como el que hizo con el título de **La Guerra de las Mujeres**. Yo le diría: hágame Ud. Sr. Dumas, un romance con este argumento: Erase una legislatura provincial de cierta provincia llamada Panamá", etc. A continuación la historia para la que pedía autor. Y podríamos señalar otras cosas de ese tipo, pero interesa más la referencia a las publicaciones exclusivamente literarias.

* * *

Mientras los negocios prosperan, herencia de los esfuerzos educativos a que hemos aludido antes, surge la generación que inicia nuestra historia literaria —que yo he llamado la generación romántica—, integrada en su mayor parte por poetas. Pero no es sino en el año de 1866 cuando, con la aparición de 'El Céfiro', nuestro primer periódico literario, esa generación encuentra el cauce de

su expresión sistemática. Allí advertimos, también, manifestaciones del naciente género novelesco. Sus primeros cuatro números nos brindan **La Perla del Valle**, historia melancólica y moralizante, bien construída y escrita con decoro, y firmada por Andina. Y con los números doce y trece, **El amor médico**, un cuento lamentable de monsieur Paul de Kock, traducido por Manuel Gamboa.

Extinguido "El Céfiro", le sustituye "El Crepúsculo" (1870), de José María Alemán. Y prosiguen las prosas colindantes con lo novelesco. En ese sentido, quizás lo más logrado sea **Un Sueño**, de R. Alvarez Gori. Es el momento en que Bogotá gravita sobre nuestros hombres de letras, y en Bogotá triunfan los costumbristas; es, todavía, la hora de los **mosaicos**. Lo propiamente novelesco es flor de excepción. Y la excepción, **María** ⁽⁴⁾. Sin embargo, nuestro temperamento y aficiones no son proclives al florecer de estos cas-

(4) En Panamá se leyeron, en sus días, "El Mosaico" y "El Iris", periódicos literarios de mediados del siglo, que se editaban en Bogotá. También, naturalmente, **María**. En 1880 se ofrecieron en venta ejemplares de una nueva edición, aumentada y corregida. El anuncio ponía en guardia al público lector a propósito de una edición chilena descuidada y no autorizada.

tos idilios. No hay aquí valles edénicos, sino una plaza mercantil y un tinglado político urgidos de tributos sostenidos. Para un nuevo avance habrá que esperar a los franceses.

* * *

El canal francés significa seguridad económica, en forma de trabajo estable —lo que supone cierta independencia respecto de la política— y un nuevo ambiente social y cultural. El idioma de Hugo será lengua de uso común y flor de los certámenes escolares. Recibimos, entonces, directamente, el influjo benéfico de la más brillante y rica literatura de la época. Son días de prensa trilingüe. La juventud se ensaya en tribunas como “El Estudio” (1879) y logra la excelente cosecha de “El Ancón” (1882) ⁽⁵⁾. Fermenta, así, con materiales de primera mano, la fase pa-

(5) Belisario Porras publica entonces —**Papel Periódico Ilustrado**, Bogotá, 1º de Marzo de 1882— su trabajo intitulado “El Orejano”, apunte sobre las costumbres de cierto sector de nuestro pueblo. Pieza equidistante entre el cuadro de costumbres y el ensayo sociológico, de indiscutible interés, suministra al posible novelador nativo una cantera de temas y un material ya casi elaborado. El trabajo fué reproducido por J. A. Susto en el Nº 38 de “La Lotería”, correspondiente al mes de Julio de 1944.

nameña del modernismo, que a su hora nos dirá su mensaje. No obstante, antes de que eso ocurra sucederán cosas dignas de registrarse aquí.

En 1888 aparecen los **Ensayos morales, políticos y literarios** ⁽⁶⁾ de Manuel José Pérez (1830-1895) —uno de los hombres de la generación romántica—, volúmen que recoge, en trescientas páginas de verso y prosa, la labor de diez años. **Leyenda de la Patria** y **La Calle de la Esperanza**, escritos allí insertos, son verdaderos cuentos morales, apólogos de intención civil. Al año siguiente Pérez publica **El último delirio de Byron** ⁽⁷⁾, interpretación poética, en prosa, de la vida del grande hombre, donde lo novelesco asoma una y otra vez. Y en 1890 se anuncia la publicación próxima, en Cartagena, de **La Pola**, novela de Rodolfo Caicedo (1868-1905), que no sabemos si en realidad se editó.

Ya antes, en 1888, en Nueva York, había visto la luz **Mélida** ⁽⁸⁾, de Jeremías Jaén

(6) Tipografía de M. R. de la Torre e hijos.—Panamá.

(7) Tipografía de M. R. de la Torre e hijos.—Panamá. XIII, 21 Págs.

(8) Imprenta franco española de Louis Weiss, Nº 64 y 66 Ann Street. Nueva York. 626 Págs.

(1869-1909), novelón interminable, indefinible e ilegible, de un exotismo suigéneris, inspirada sin duda en la novela romántica de aventuras de principios del siglo. Enmarañada historia de crímenes, tiene por escenario París. Intervienen en la obra lo que se supone son distinguidas familias inglesas y francesas. Es fruto extraño en el autor de la **Jeografía del Istmo** (1893), esfuerzo meritorio, al decir de los entendidos.

En el año de 1892 Salomón Ponce Aguilera (1868-1945), que estudiaba en Bogotá, se nos revela cuentista de posibilidades. Fundador y Codirector de la **Revista Gris** (1892-1896), en la que colabora con regularidad y asiduamente, se inspira a ratos en el naturalismo francés; sin embargo, su obra más importante hay que situarla dentro de la tradición realista española e hispanoamericana. Su ensayo sobre Palacio Valdés y sus notas "sobre la novela colombiana" —publicados en la mencionada revista— son testimonios importantes en ese sentido. En Ponce Aguilera, acaso el más consistente narrador novelesco del momento, conviven el realismo tradicional y el naciente modernismo. Es un escritor de transición.

Poco después, todavía al margen del mo-

derismo, viene al mundo **Josefina**, novela de Julio Ardila (1865-1918), escrita para "El Cronista", que la publicó por entregas, recogida posteriormente —1903— en un volumen de doscientas páginas ⁽⁹⁾. Ubicada dentro del realismo, es obra muy superior a los ensayos precedentes.

Se trata, al parecer, de la historia sentimental del autor. De regreso de Europa, donde se ha educado, Ricardo, hijo de un comerciante próspero, de buena posición social, va a Taboga, acompañado de un amigo, en busca de reposo y salud. Se hospeda en casa de una señora, madre de dos hermosas muchachas, y ocurre lo inevitable: Ricardo se enamora, y es correspondido. Empero, Josefina, el objeto de sus desvelos— que el autor convierte en dechado de virtudes—, no pertenece a la misma clase social, circunstancia que origina todo un cúmulo de dificultades. La historia de ese amor contrariado, cuyo escenario es Taboga entre los años de 1885 y 1890, suministra el tema. El autor se inclina hacia el tipo de novela psicológica o de análisis y descuida el estudio del ambiente social; aunque es minucioso en la

(9) Tipografía de M. R. de la Torre e Hijos.— Panamá.

descripción de la isla y algo dice de las ideas y sentimientos de entonces. Relata el hundimiento del Balboa, incidente que parece presencié, y nos habla de las instalaciones que franceses y norteamericanos tenían allí. Colombia está presente en la intervención de algunos militares. París vive en la mente del protagonista, nostálgico de Europa. Y llama la atención del lector el advertir la no convivencia, real e íntima, de nativos y extranjeros. La presencia del hombre extraño es cosa puramente espacial.

En cuanto a su organización y desarrollo la novela de Ardila representa un hecho de máxima importancia: el arribo cabal a la fórmula novelesca, hasta ese momento balbuciente. Un estilo harto familiar, un clima demasiado doméstico constituyen los defectos capitales de la obra, huérfana de ambición trascendente. Con todo, se lee con agrado e interés, nos gana con su humilde encanto. Es, no cabe duda, el punto de partida de la novela panameña propiamente tal.

Más o menos por los mismos días, es decir, en los años iniciales de la postrer década del siglo, se publicó —imagino que en "El Duen-de"— **La Novela Exótica**, de Edmundo Bortello (1867-1911) y Abel Ramos (1873-

1901), para mí inédita, pero de la que afirma Rodolfo Aguilera es 'una bella pieza literaria, que fué reproducida en quince periódicos.' (10)

Ahora bien: tanto **Mélida** como **Josefina** nos llegan como entes sin familia, brotes tardíos de una etapa que tramonta, en el instante mismo en que asoma una generación próspera que ha dejado firme huella en los anales de las letras patrias. Porque, traspuesto el año noventa, en "El Cronista" (1878), en "El Estímulo" (1890), en "El Duende" (1893), en "La Nube" (1893), en "El Lápiz" (1894), comienzan a publicarse versos y prosas insólitos. Se advierte un gusto creciente por la literatura novelesca, y hasta cierta preocupación crítica (11). Nos visita Da-

(10) **Galería de Hombres Públicos del Istmo.**—Panamá, 1908.

(11) En "El Mercurio", periódico auspiciado por la Cámara de Comercio, que comenzó a publicarse en Septiembre de 1889, se anunció desde el primer momento una edición por entregas de **La Torre de Nesle**. He encontrado allí, asimismo, un cuento de Zola, un folletín de Judith Gautier, etc. Se ofrecía en venta, también, "La Edad de Oro", la revista de Martí dedicada a los niños.

Por otra parte, en "El Estímulo", Nº 7, de Noviembre de 1890, se comenzó a publicar un ensayo sobre "Alejandro Dumas pa-

río, que vive los días gloriosos de su triunfo con **Azul** y nos trae —1893— ejemplares de la nueva edición guatemalteca, aumentada, que incluye la carta consagratória de don Juan Valera. El cuento adquiere, al fin, forma definida y cultores reiterados.

En efecto, Simón Rivas (1867-1914) y Darío Herrera (1870-1914), Adolfo García (1872-1900) y Abel Ramos (1873-1901), León A. Soto (1874-1902), Alejandro Dutarý (1877-1911) y Guillermo Andreve (1879-1940) insurgen y dominan la escena. Actuando aislados al iniciarse, advierten pronto su significado y logran agruparse en torno a "El Cosmos" (1896), típica tribuna modernista, que vive menos de lo que fué su ambición. Es que el grupo se dispersa, diezmado por la fatalidad. Herrera marcha al sur. Se encrespa la política, que llega a extremos de violencia y halla en Soto la vícti-

dre, autor dramático y novelista", obra de Aristides Ardila, hermano del autor de *Josefina*.

Algún tiempo después Porras escribirá, en el album de un amigo, su célebre narración "El Dios Meneandro", reproducido años más tarde en "El Heraldo del Istmo" (Año III, Nº 54, Marzo 30 de 1906), y motivo posterior de una agria polémica en que lo literario dió pábulo a la pequeña política.

ma propiciatoria, cuya muerte inminente decreta. Adviene la guerra civil que los arrastra a todos y se lleva a García. Muere Abel Ramos. Quedan, del beligerante equipo, Rivas, el hermano mayor, Ponce Aguilera, Dutory y Andreve, el benjamín. Herrera sigue ausente.

Instaurada la República, Andreve, que mantiene viva la fé, funda "El Heraldo del Istmo" (1904). A su lado, colaboradores entusiastas, los otros. Pero desde los días aurales de la jornada el cuento, como forma frecuente de expresión, queda legitimado. Y el cuento modernista, de ascendencia francesa, que encuentra en Darío Herrera, el más destacado valor del grupo, un cultivador eximio, par de los mejores exponentes del género en América. Subrayémoslo: uno de los mejores legados de la generación modernista es la conquista del cuento. Desde entonces se incorpora al acervo de nuestras letras ⁽¹²⁾.

-
- (12) De los escritores de esta generación sólo Darío Herrera y Ponce Aguilera nos dejaron parte de su obra en volumen. Herrera publicó en Buenos Aires, en 1903, *Horas Lejanas*, manojos de cuentos que la crítica recibió como una excelente contribución modernista. Ponce Aguilera nos legó *La Defensa de Panamá* (1901), reconstrucción no-

Vencida la resistencia secular las posibilidades de la literatura novelesca se multiplican. No se trata ya de crear un género inexistente, impedido en su desarrollo por mil factores contrapuestos. Se trata ahora de apropiarnos sus métodos y hacerlo medularmente nuestro. Empero, el proceso tomará su tiempo. Si el modernismo significó la conquista de un género antes poco o nada cultivado, implicó también, por la naturaleza misma del movimiento, un alejarse de las fuentes vernáculas, una profesión de fé de extranjería. Y una fuga por la escala de lo imaginativo y fantasioso. Todavía durante mucho tiempo nuestros noveladores seguirán rindiendo tributo a la imaginación pura, en un cándido cerrar los ojos a lo circundante. Pero las perspectivas de una novelística imaginativa menguan. Ahora sabemos cuán in-

velesca del célebre combate del Puente de Calidonia, y *De la Gleba*, (1914) colección de relatos escritos a principios del siglo, aunque de temperamento finisecular. El resto de la obra de ambos —prosa y verso—, lo mismo que la obra total de los demás, anda diseminado en los periódicos y revistas de la época. Quien aspire a su conocimiento adecuado tiene que resolverse a consultar en persona. Es, pues, una literatura en espera de compilador.

finitamente compleja es la realidad. La psicología del hombre es insondable. Y las situaciones que la vida esconde no se pueden inventariar. Quedan, así, ante el novelador de hoy, mundos innumerables por descubrir. Y para el nuestro, con su reclamo obligante, el pequeño cosmos nacional. El ejemplo de una literatura americana de inspiración terrígena, la conciencia que las complejidades y problemas del vivir afinan tocan también a la sensibilidad de quienes entre nosotros se ejercitan en la literatura de ficción y los hacen volverse sobre las realidades del hombre y la tierra panameños. Empieza a nacer una novelística nutrida de nuestros propios jugos; cobra vigencia literaria —verdadera y fecunda novedad— la región. Es la empresa en que andamos metidos. Los resultados están a la vista e invitan al optimismo.

Agosto 21 de 1947,
Panamá, Rep. de P.

Se terminó la impresión de este folleto,
en tiraje de mil ejemplares, el
día 25 de Mayo de 1948, en
los talleres de la Im-
prenta Nacional.

OBRAS DEL AUTOR:

La Educación Colonial Panameña.—Panamá, 1939.

Índice de la Poesía Panameña Contemporánea.—Santiago de Chile, 1941.

Bibliografía Poética Panameña.—Panamá, 1942.

De la Vida Intelectual en la Colonia Panameña.—Panamá, 1944.

La Literatura Panameña, breve recuento histórico.—Panamá, 1946.

Teoría de la Patria.—Buenos Aires, 1947.